

PASEOS

Fredi E. Goyeneche

Camino al parque de los duendes desencantados atravesé por la Calle de la Soledad y luego giré hacia la izquierda... siempre estoy a la izquierda sin consultárselo a mis sueños y menos a mis fantasías. Me confundieron las brisas equivocadas que se orientaban por Andrómeda en equinoccio. Mala cosa. Sentí la tibieza de los extravíos y terminé transitando por una calle de nombre certero, la Calle de la Amargura. Tres putas tristes en su esquina me lo presagiaron, no podía ser otro su nombre; sin clientes y sin sonrisas, sus miradas no eran de invitación a nada ni provocaban lascivia, más bien despertaban esa solidaridad de náufragos solitarios. Dos minutos después, al final de esa calle que me parecía que se estiraba bajo el impulso autónomo de su desamor sin límites, vi aparecer la luz mortecina de los faroles conocidos. Y al fondo, la lontananza de un día cansado contra el cielo iluminado por estrellas fugitivas que iban a esconderse en el mar donde navegaban, sin destino piadoso, botellas de colores con voces de desalientos longevos y mensajes de amor sin respuestas posibles. Me recordé de marinero con mis barcos de papel y mi rosa de los vientos señalando hacia el centro desconocido de la imaginación donde los piratas jugaban los restos de sus más recientes saqueos de

sonrisas ajenas. Luego, veía esa calle profunda y silenciosa, a esa hora en que el sol divide sus luces como diagonal exacta en sus paredes de historias y de salitre avejentado, esa calle era como la premonición de un milagro que me inventaba era posible, en un círculo de paseos solitarios tratando de encontrar lo que nunca tuve seguridad de haber perdido. Hasta el aire me parecía diferente, como si fuera el aliento de Dios en sus momentos de mejor humor. Y entonces un coraje y un entusiasmo de amante recién perdonado me inducían a los espacios de los perfumes y de las pasiones concentradas en un solo olor y un solo cuerpo. Entonces me volvía la felicidad al cuerpo, que era la frase que pronunciaba mi abuela cuando me veía regresar de un susto y me estimulaba a enfrentar los fantasmas y las sombras escondidas, regalándome un dulce. Finalmente llegaba al parque y sentado en una de sus bancas, de espaldas a la estatua guerrera de mirada furiosa del héroe para el cual estaba construida y le daba su nombre, veía subir y bajar el agua de una fuente sencilla casi con figura de humildad serena.

Fredi E. Goyeneche

Diciembre 8 de 2009. Atardecer incierto y sereno...